

¿Paradigma hermenéutico o Hermenéutica?

Santilli, Oscar (Universidad Nacional de Cuyo)

El estado actual de la cuestión hermenéutica está referido a lo que justamente se plantea como uno de los interrogantes motivadores de estas Jornadas ¿Está agotado el paradigma hermenéutico? O bien podríamos sugerir ¿Es un paradigma al lado de otros, y por tanto, su vigencia está sujeta a la funcionalidad que preste, como así a los vaivenes de las preferencias culturales que decretan el alza o la caída de los modelos? La cuestión a tratar tiene una actualidad que es puesta de relieve en la época en que el pensamiento destaca, con preeminencia, una reticencia a aceptarse como generador de formulaciones teóricas definitivas, que guarden resoluciones a todo tipo de problemáticas, también definitivas. Al tratar el tema del paradigma, se reanima la cuestión del esquematismo que surge desde las mismas bases del pensamiento que puede considerar aquella instancia y retrabajarla desde otra de sus vertientes. En el ámbito del esquematismo se desarrolla una teoría del sujeto cuyas aristas cobran una dimensión esencial, especialmente en la teoría del conocimiento, sin que por ello deje de importar lo que se puede decir de ese sujeto desde la doble situación en que la Hermenéutica hoy se ubica; como dimensión en la cual la Filosofía se entiende y como horizonte hacia el cual está dirigida su mirada.

Al examinar el camino que la interpretación ha tenido, y su lugar dentro de la disciplina filosófica, podremos entender que desde su trayectoria histórica se deja ver la traza de un movimiento que, al entender de la filosofía contemporánea, ya no queda reducido al ámbito de lo metodológico. Este ejercicio de la interpretación cobra el carácter de un hacer netamente filosófico, pues se transforma él mismo en contenido filosófico, en virtud de que ese interpretar no se reduce a una actividad intelectual guiada por un fin teórico sino que involucra la *praxis* humana en tanto su qué y su cómo. De su historia no trataremos aquí, sólo apuntaremos que de su origen divino gira hacia la contemporánea instauración de su realidad en la ontología renovada por la fenomenología, que la liga directamente a la facticidad de un ahí siempre único y singular. De allí no podrá evadirse sin sacrificar el sitio fundamental en que el pensamiento actual la ha puesto porque él se ha puesto, a su vez, en ella y ella es hoy el lenguaje común que hace posible el pensamiento.

1º parte

Ejercerse el pensar pone a la palabra en referencia con el ser de modo que en esa referencia se gesta, nutre, desarrolla y actúa una vida. Ese ‘estar’ la palabra siendo en referencia al ser es, además, el ser de la palabra; su vida es un morar en la relación que los une: “*La palabra es la casa del ser. En su morada habita el hombre*” dirá Heidegger¹. Esta relación exige ser pensada y actualizada, por ello mismo, “*el pensar consume la referencia del ser a la esencia del hombre*”² continúa el filósofo de Friburgo, por tanto es la esencia del hombre lo que está en juego aquí y lo que exige para ese hombre una tarea singular: comprender en el pensar su esencial relación al ser. Por ello es desde la misma comprensión que se pregunta por la vigencia de un paradigma hermenéutico. Para dilucidar este interrogante habrá que penetrar en la esencia misma del comprender y cabe destacar que lo que sea el hombre queda implicado en la pregunta. La supremacía de la pregunta frente a otras formas de la enunciación adquiere un carácter relevante y la cuestión de la esencia del hombre no escapa a ella. El círculo del comprender incluye la dinámica pregunta-respuesta y de su ejecución se

¹ Heidegger, Martin. *Carta sobre el humanismo*. Buenos Aires, Huascar, 1972. p.65.

² *Ibidem*

desprende que tal comprender no puede darse sin actividad; esta verdad supone a las claras una intelección de lo que implica el pensar. Pero ha de tenerse en cuenta qué relación hay entre pensar y comprender. El primero, como término que refiere a una actividad específica del hombre, pone en su centro otra cuestión capital: “El pensar da que pensar”. Si la ‘actividad’ del pensar se reconoce como algo distinto a sí mismo, entonces la actividad puede ser separada de aquél y ser ella una cosa que se siente tocada por un pensar que se le acerca, se le aproxima y que llega incluso a introducirse en ella como en su seno. Así concebida esta cuestión, la actividad puede tener al menos dos interpretaciones acerca de cómo ella puede ser vista.

a) La actividad puede tener un ser que consiste en desarrollar desde sí misma lo que activa; un generar desde sí un sí que es sólo el activar. La actividad será la exposición de su acción, nunca más allá de sí. Nunca desarrollando una materia que no sea ella misma. El activar se verá como una acción que se tiene a sí como sujeto pero quedará reducida en su centro a un movimiento que no despierta en sí mismo ninguna finalidad. No sabe ese activar el qué y el hacia dónde de su movimiento. Un juego encerrado entre los límites de sus propias posibilidades lúdicas.

b) Otra situación se plantea si la actividad es del pensar. Lo activo ‘es’ lo intelectual. Pero su contenido no se determina como un fondo sobre el cual se desarrolla la actividad. Entenderlo de este modo implica ya posicionarse en el ángulo que orienta la mirada. Aquí la posición del sujeto está clara. Él tiene un sitio desde el cual mira y su ojo está ya orientado de modo que su mirar es un mirar desde... Una tal posición no puede darse si no se admite ser consciente de antemano, pues es para quien sabe que mira que el mirar mira algo. Esta determinación, es decir, esta posición del sujeto implica ya de partida, la admisión de ‘un’ sujeto cuya consciencia le indica lo que es. Pero no podemos avanzar hacia la intelección de lo que es el comprender sin sostener que tal pensar se comprende cuando piensa. Para ello deberá traspasar la posición que lo ubica como un sujeto que se opone a otro, entendiendo este otro como el pensar que se enfrenta al sujeto que lo aborda³. Toda consideración que distinga un pensar frente a un actor que lo ejecuta habrá concebido con antelación un modo de ver que supondrá una posición previa a la mirada. El comprender sólo se tiene a sí como pensar, el cual supone la inclusión de la totalidad existencial en tanto ámbito que le permite inteligirse como tal comprender, pero para que ese comprender sea el pensar mentado no puede representarse enfrentado al pensar como su objeto sino sólo siendo ‘en’ relación a él como un modo suyo. El comprender se tiene en relación al pensar como su modo.

2º parte

Comprender no tiene que ver esencialmente con una tarea metodológica que supone aplicarse a desentrañar el sentido de un texto. Sólo secundariamente viene a ser semejante tarea y porque secundariamente es esta tarea es por lo que surge a la reflexión su quehacer esencial ¿De qué modo viene el pensar a ser su comprender? Si a la pregunta se responde dentro del marco de la Historia en cuanto relación de manifestaciones epocales que refieren su correlatividad en el hilo cronológico, habrá que resaltar los modos en que ese comprender se ha reconocido. Sus formas regionales hablan de una aplicación metodológica a manifestaciones culturales. Su antecedente puede encontrarse en la derivación técnica del pensar que se produce a partir de la aplicación que se hace de éste en función del objeto cuyo abordaje se requiere. Importa destacar el modo en que ese pensar descubre para el hombre lo que ha efectuado en materia de comprensión y ello siempre que se suponga el hombre

³ Hegel, G.W.F. *Fenomenología del Espíritu*.. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993.

viviendo en el interior de un texto propio que ya tiene páginas escritas a la hora de elaborar otras nuevas. Vale decir, siempre que haya hombre será posible pensar en el pensar, aún cuando Heidegger haya denunciado que lo grave de nuestra época es que no pensamos⁴ y haya creído que lo propio de esta actividad ha sido sacrificado por Platón y Aristóteles al sostener que ambos han puesto “*el meditar al servicio del hacer y ejecutar*”⁵, lo que ha supuesto hacer valer el pensar como una *tékne*. “*El meditar ya es visto aquí en función de la praxis y la poiesis*”⁶ dirá Heidegger. De ello resulta que el concepto de función parece interponerse en el pensar como un aditamento que contamina una pureza esencial que no tendría porqué desvirtuarse. Pero sucede, en cambio, que el pensar se sabe en lo *práctico* y en lo *poiético* sin que estos tengan que constituirse en direcciones provocadas de aquél como actividad que debe prestarles algún tipo de servicio; es decir, el ‘pensar’ servir a la causa de lo *práctico* y lo *poiético*. Cuando el pensar es orientado a lo *práctico* y lo *poiético* no se tecnifica por ello sino que ‘es’ desde ello como el lugar en donde él debe realizarse siguiendo un mandamiento interior. No hay un ocultamiento del ser en el modo de un pensar que se despliega en función de lo *práctico* o *poiético*. Así es como él cobra toda posibilidad de ubicarse en el modo de desocultar el ser, en el momento del obrar y del producir. La referencia del ser al pensar consumada por la palabra se torna vida en la acción y la producción, pues una referencia que se mantiene en el ámbito de la palabra sólo es consumación si esa palabra es verdaderamente *logos*.

Si admitimos que la hermenéutica es la *koiné* de nuestro tiempo, como ciertamente afirma el Prof. Gianni Vattimo, entonces, como lenguaje común, habremos de admitir que lo común tiene presencia en todos y aquello de lo que todos somos partícipes, es decir, aquello en lo que todos somos en algún sentido Uno, es lo universal. Pues si la hermenéutica tiene carácter de universal en lo que somos ya no será un paradigma que puede perdurar o fenecer según logre mantener o no su vigencia estructural. Su marca constituye la esencialidad misma del hombre y se inserta en su ontología más radical. Esto hace volcar la pregunta sobre sí misma ¿Es posible preguntarnos si es la hermenéutica un paradigma agotado? Formular esta pregunta en verdad que nos interpela; ya la pregunta misma nos pone en la situación de aceptar a la hermenéutica como paradigma. Las precedentes afirmaciones sobre el sujeto de la hermenéutica conducen a un camino que supone adentrarse en la cuestión del comprender desde la ontología y remite, en nuestro estudio, al planteo heideggeriano centrado fundamentalmente en *Ser y Tiempo* y en su *Ontología*; el comprender como constitutivo del *Dasein* lleva a la reflexión en torno a la cuestión hermenéutica, en dirección distinta a la que puede considerarla como un paradigma filosófico al lado de otros; ya la misma reflexión sobre la hermenéutica es hermenéutica ella misma pues no ha de remitir sus planteos a cuestiones que se ubiquen por fuera de sí. La comprensión lleva el sello de una actividad que tiene en sí misma la posibilidad de construirse en su ser-siendo-comprensión. Claro está que su ser para sí no admite ser sujeto para quien esté dirigido su comprender; tal comprender es modo en que ese ser se tiene y reconoce por el camino fenomenológico que abre sus propias posibilidades en tanto experiencia autoafirmativa. Ser el comprender el modo en que propiamente el *Dasein* se reconoce, indica que es la interpretación misma la que abre el camino de acceso de ese ser, en la interpretación, a su comprender. La posibilidad que la interpretación muestra en su facticidad remite directamente al comprender como posibilidad señalando el ‘hacia’ directriz de la interpretación en tanto disposición del comprender.

⁴ *Idem* ¿Qué significa pensar?, p.11.

⁵ *Idem*. Carta sobre el humanismo, p. 66.

⁶ *Ibidem*

Por lo tanto, la ontología hermenéutica sustrae lo hermenéutico de lo paradigmático para situarlo precisamente en el lugar en donde queda liberado de toda posible reducción a un estadio estructural. El comprender tiene allí su recinto, el ámbito en donde mora pues el pensar en su *consumar la relación del ser a la esencia del hombre*⁷ pone a éste (al hombre) en descubrimiento de su verdad en la medida en que como fenómeno: ‘comprender’ es pensar.

⁷ Cf. Up supra

